

su alma que no queria ni aun la propia felicidad á costa de la gloria de su héroe.

«¡Emma de mi corazon! ¡Querida y magnánima Emma! —le contestó el marino;—sin tí, Nelson sería como si no fuese.»

## XLIV.

Nelson salió para Lóndres aquella tarde. Los lores del Almirantazgo y el Gobierno lo esperaban para confiarle con el mando de la escuadra la designacion de jefes, oficiales y barcos. Los preparativos se hicieron con rapidez extraordinaria; su celo estimulaba el entusiasmo de todos, y la menor dificultad, la más leve demora que pudiera dar ocasion á Villeneuve de salir de Cádiz la vuelta de las Indias ó de las Antillas lo ponía fuera de sí. Enarboló su insignia en el mismo navio teatro de tantos episodios gloriosos para él durante los años pasados, y se hizo á la vela. Y como en el momento de tomar el mando de la flota pareciera sobrecogerlo fúnebre ó glorioso presentimiento, hizo llamar á su ebanista y le dijo que tallara su epitafio, compitiendo la historia de su vida en el féretro que ya estaba labrado con despojos de la arboladura de un navio frances de Abukir, que le regaló despues de la victoria el capitan Halwell.

«Dáos priesa, porque lo necesito para la vuelta.» —concluyó Nelson con tono profético; que la idea de la muerte no se apartaba entónces de su entendimiento, aunque no la temia sino al pensar en el duelo de su anciano padre y de lady Hamilton.

«Anoche dejé mi caro retiro de Merton, —escribió en su diario con fecha 14 de Setiembre de 1805; —la

casa inolvidable donde queda todo cuanto amo y me hace desear la vida para servir al Rey y á la patria. ¡Plegue á Dios, ante quien me prosterno y humillo, hacerme digno de las grandes cosas que de mí espera la patria! Si es su voluntad que vuelva sano y salvo despues de haber cumplido con mi deber, no cesaré de darle gracias por tanta misericordia miéntras viva; pero sí, por el contrario, su buena y sábia providencia es servida de abreviar el término de mis días, me someto resignado y humilde á su omnipotente voluntad, confiando en la esperanza de que ampare y proteja, como se lo pido con el alma, los séres amados que dejo en pos de mí! ¡Hágase su voluntad! ¡Amén, Amén, Amén!»

Bien se ve por las líneas trascritas que las flaquezas y desórdenes del corazon no habian podido velar en el héroe la idea y los sentimientos que constituyen la única grandeza de los séres humanos, y que la piedad y el heroísmo se confortaban mutuamente y palpitaban acordes en su pecho.

## XLV.

El dia de su embarque á bordo del navio *Victory*, en la rada de Portsmouth, lo fué de ovacion y triunfo juntamente, pues los moradores de la costa, en número de un millon de hombres, acudieron entusiasmados para saludarlo con sus aclamaciones, oyéndose mezclado al rumor de los vítores y de las olas el estampido de los cañonazos de la escuadra en honor de su almirante. La nacion inglesa entera, tan grande por ser agradecida, parecia en aquellos momentos sentir la victoria de sus armas y la muerte del caudillo; y como las relaciones de los

marineros habian formado la leyenda del héroe y extendido su fama entre las masas, cada inglés creia deberle su hogar, su terruño y su orgullo, siendo, por tanto, su popularidad patriotismo, su nombre *paladium* de la patria, y él, mutilado Temistocles de la Gran Bretaña, escudo suyo y su amparo. Y tanto subió de punto el entusiasmo, que las tropas hubieron de hacer uso de las armas para protegerlo de la muchedumbre que le seguia y aun se arrojaba delirante al agua formando alrededor de su falúa como una escolta de tritones.

## XLVI.

Las escuadras que fué Nelson incorporándose por el camino, lo propio que la del Mediterráneo, cuyo mando tomó en Portsmouth, lo acogieron con muestras tan señaladas de afecto y entusiasmo como el pueblo acababa de manifestarle: que su nombre á todos parecia mensajero de la victoria y precursor del triunfo y vencimiento.

Al llegar á las aguas de Cádiz el dia 22 de Setiembre, supo con trasportes de alegría que aún estaba en el puerto Villeneuve, y comenzó á cruzar entónces con su armada á suficiente distancia de la costa para no ser visto y animar á los contrarios á salir suponiendo franco el paso.

En tanto se acercaba el dia más memorable de su vida, estimuló el celo y el entusiasmo de las tripulaciones, comunicándoles el espíritu que lo animaba, y siendo tan parco de instrucciones, que se limitó á dar únicamente para la batalla la de que sus buques se mantuvieran en ella en el orden de marcha, esto es, en dos líneas paralelas precedidas de

una vanguardia de ocho naves, sin hacer otra maniobra que cortar en dos la línea enemiga por el décimo ó duodécimo navio frances hácia el extremo mientras él cayera sobre el centro, y la vanguardia combatiera la cabeza.

«Pero como el humo de los disparos—añadió en la orden del dia—podrá ocultar las señales y las órdenes que se den, los comandantes pueden estar ciertos de acertar siempre y de contribuir cada uno por su parte á la realizacion del objeto que me propongo en conjunto, atacando al navio que tenga enfrente!»

Nelson mandaba tambien al terminar sus instrucciones que se le comunicara sin tardanza el nombre de cada oficial, soldado y marinero muerto ó herido en el combate para remitir la lista inmediatamente á Inglaterra con el objeto de que la patria orase por ellos y supiese á quiénes era deudora de gratitud y reconocimiento eterno.

## XLVII.

Al despuntar del alba del 20 de Octubre, las fragatas escalonadas por Nelson desde las costas españolas hasta la flota inglesa para servirla de vigías, anunciaron con sus señales que la flota combinada salia del puerto de Cádiz, y siguieron teniéndolo al corriente de hora en hora de su rumbo y bordadas, pareciendo á veces indeciso si se dirigia en demanda del estrecho de Gibraltar ó con propósito de seguir hácia el Océano. Llegada que fué la tarde, como se levantara viento fuerte del Sudoeste, pareció entorpecer sus movimientos y obligarla á virar en redondo para volver á puerto. De todos modos,

era evidente que la escuadra combinada quería tener libre la mar hasta Cádiz para replegarse á su bahía en caso necesario. Con esto, pasó Nelson el día en grande perplejidad, luchando entre la esperanza y el desaliento, según eran las nuevas que recibía. Después, la noche lo envolvió todo en oscuridad y misterio.

Antes de amanecer ya estaba Nelson sobre cubierta esperando ver las primeras señales de sus fragatas, y al venir por ellas en conocimiento de que aún se divisaba la flota combinada con rumbo al Norte, se estremeció de entusiasmo y lanzó sus naves hácia el mismo punto, aunque oblicuamente.

Al salir el sol le avisó telegráficamente Blackwood, su amigo particular y comandante del *Euryale*, que se advertía cambio de rumbo en la marcha de Villeneuve, pareciendo que se proponía volver al Sur y al Estrecho.

«No sucederá eso si puedo evitarlo,»—escribió Nelson en su Diario al entrar en la cámara.

Algunos minutos después, el sol que se levantaba sobre un horizonte pardo, pero sereno, al herir con sus rayos las velas altas de la escuadra combinada, fué haciéndolas surgir una á una de la bruma y mostrando á Nelson y á sus tripulaciones la inmensa línea de arboladuras de los cuarenta y dos navios y ocho fragatas de Villeneuve. Ocho leguas de distancia separaban en aquel momento las dos escuadras, que navegaban con viento suave y mar de fondo.

Era la mañana del 21 de Octubre, día de feliz augurio para la familia de Nelson, pues en otro semejante y á la misma hora su tío y protector, el capitán Suckling se había distinguido en un combate naval, apoderándose de cuatro navios franceses: que Nelson tenía la superstición propia de los gran-

des hombres, los cuales, como comprenden y aprecian mejor que los demás la desproporción que media entre su debilidad y las proezas ejecutadas por ellos, atribuyen á la fortuna los unos, á la Providencia los otros, y no pocos al influjo de ciertos días faustos ó infaustos, ocultas y misteriosas influencias en su destino; siendo por tanto para ellos la de los aniversarios una de las en que más evidentemente se demuestra la influencia superior de Dios en las cosas humanas. Y Nelson, que profesaba esta manera de religion de los héroes, no dudó un punto de la victoria, echando de ver que la casualidad le brindaba con la batalla en día tan venturoso y de tan buen presagio para él.

## XLVIII.

Mientras que la escuadra inglesa iba á todo trapo en demanda de la combinada, llevando á Nelson en el *Victory* al frente de la columna derecha, y á Collingwood en el *Royal-Sovereign* á la cabeza de la izquierda, bajó aquél á su camarote, tomó la pluma y desahogó su espíritu, escribiendo, primero, en el Diario la siguiente oración:

«¡Plegue al Señor Todopoderoso, ante quien humildemente me prosterno, que alcance hoy mi patria, en bien general de la Europa oprimida, grande y señalada victoria, sin que la empañe la menor falta de los que van á pelear y á vencer! ¡Sea también la voluntad del Altísimo que después de la victoria constituya para siempre la filantropía el carácter dominante y distintivo de la marina británica! Por lo que á mí respecta, ofrezco la vida en manos de quien me la dió. Si le pido con fervor

*dable* izaba de nuevo la bandera tricolor en su arboladura y recomenzaba el fuego como esos guerreros que prefieren morir matando á entregarse.

Durante la batalla que vamos describiendo entre las naves de Nelson y el *Formidable*, Villeneuve combatía pocas brazas más allá en el *Bucentaure*, cuyo bauprés se había cogido en la popa del *Trinidad*, coloso de la escuadra, siendo en vano todos sus esfuerzos para separarse de él. Aprovechándose los ingleses de la forzada inmovilidad de ambos, los destrozaban á cañonazos con cinco navíos; pero tanto el uno como el otro resistían heroicamente por babor y estribor: que Villeneuve se mostraba en la ocasión del peligro más resuelto y animoso que lo había sido en el consejo, y digno rival de Nelson por su sangre fría y su denuedo, pareciendo que lo engrandecía el huracán de fuego y hierro desencadenado alrededor del *Santisima Trinidad* y del *Bucentaure*. Desesperábase de no poder volar á donde se hallaban los navíos franceses alejados del combate para infundirles el ardimiento que sentía; y aunque pugnaba por verse libre del *Trinidad*, y éste hacía cuanto estaba de su parte para zafarlo, ni el francés lograba su objeto ni el español podía tampoco secundarlo, careciendo de arboladura, y no siendo ya sino boya formidable, juguete de las olas, y en cuyo inmenso balumbo hacían siempre blanco los ingleses. Entretanto sucumbían alrededor de Villeneuve muertos ó heridos todos sus oficiales y seiscientos hombres de la tripulación, quedando, además, desarbolado completamente; y como al caer los palos del *Bucentaure* lo envolvió el lienzo de sus velas, parecía un inmenso ataúd de cuyos bordes saliera el sudario que había de cubrir las víctimas de la batalla. Una ráfaga de viento desgarró

por un instante las nubes de humo que ocultaban al desgraciado general sus buques, y viendo á la mitad de ellos inmóviles testigos de la lucha les hizo señal de acudir al fuego; mas aún cuando eran bastante numerosos para mudar en triunfo el desastre, no comprendieron ó al ménos desobedecieron la órden del jefe que los llamaba, y continuaron derivando casi á la ventura, pero léjos de la batalla. Quiso entónces ir en su busca Villeneuve con una lancha; pero el destrozado *Bucentaure*, á punto casi de irse á pique, no tenía ninguna que no se sumergiera tan luégo tocara el agua, sucediendo lo propio con las del *Trinidad*, por estar todas deshechas de la metralla. Y como ya las baterías del navío francés no arrojaban sino bocanadas de humo, y su aspecto permitía conjeturar al enemigo que se hallaba en ocasión de rendirse, acereósele una chalupa del navío inglés *Marte* para recoger sus tripulantes. Villeneuve, á quien respetaron las balas en aquel diluvio de hierro, pues lo reservaba la fatalidad para el suicidio, se dió prisionero y abandonó su navío cuando ya no era humanamente posible luchar más en él, siendo acogido de los británicos con el respeto y consideraciones á que lo hacían digno su valor y su infortunio. Abandonado también el *Trinidad* de siete navíos españoles, se rindió al cabo de cuatro horas de combate, y al ver la escuadra española que flotaban los colores ingleses en el coloso de los mares, comenzó á derivar hácia las costas de la Península.

## LV.

Cuando se hubieron rendido los dos navíos almirantes, cayeron los ingleses con sus barcos libres y victoriosos sobre los demas que componian la linea del centro, igual todavía en número y cañones al enemigo, y rompiéndola de nuevo, merced á maniobras atrevidas, y separando sus buques en grupos de uno ó dos contra tres, dieron tantos combates como grupos. Entónces cada comandante, sin otro plan ni consejo que los sugeridos de su valor, de su desesperacion ó de su flaqueza, se distinguió aisladamente por su debilidad ó su esfuerzo con actos pusilánimes ó heroicos que ilustraron ó empañaron sus nombres, sin aprovechar al éxito sino á la gloria de la jornada.

Podrian citarse muchos ejemplos; pero bastará decir á este propósito que el *Fougueux*, mandado sucesivamente por tres oficiales que perdieron la vida en el combate, no se rindió sino cuando tuvo la cubierta llena de cadáveres; que el *Pluton* abordó al *Marte*, vencedor del *Bucanuro*, y que al ir á libertar á Villeneuve, su prisionero, quedó desarbolado á cañonazos por tres navíos ingleses que acudieron á la refriega, impidiéndole conseguir su objeto; y que Magon, contraalmirante frances, Aquiles de la flota, se arrojó con su buque sobre los enemigos, y embistiendo por un costado al *Thundering*, de ochenta cañones, saltó á su bordo y llegó hasta el castillo de popa, no retirándose á su navío, el *Pluton*, sino acosado de triple número de fuerzas, y rechazando hacha en mano á los enemigos las tres veces que invadieron su cubierta. Herido en el

brazo izquierdo, siguió peleando hasta que un proyectil le partió una pierna; y como entónces lo bajaran al entrepuente, un casco de metralla que pedetró por las destrozadas portas de la batería lo dejó muerto en los brazos de sus marineros. El *Pluton* se rindió á seguida, y ocho navíos más hicieron lo propio.

Gravina, jefe de la escuadra española, cayó herido mortalmente, peleando con el valor propio de su raza y de su nombre á bordo del *Príncipe de Asturias*. Y los tripulantes del *Achille*, último de los navíos de Villeneuve que combatieron bizarramente, atentos sólo á sembrar la muerte desde las baterías bajas, sin preocuparse del fuego que consumia su propia cubierta y arboladura, seguían haciendo disparos y arrojando al mismo tiempo al agua tablas, bancos, gallineros y cuantos objetos pudieran flotar para salvar la vida en ellos, llegado que fuera el último instante de la lucha y tuvieran que abandonar el buque, cuya explosion se hacía por minutos inminente. Los ingleses con esto huían de su lado temerosos, hasta que al fin estalló, lanzando al espacio los cuerpos carbonizados de quinientos brazos. Consecuentes los ingleses con la orden del dia de Nelson, dieron punto al odio con el combate, y salvaron gran muchedumbre de tripulantes del *Achille*, cuya voladura puso término á la pelea en el centro de la linea.

El contraalmirante Dumanoir, que podia reanimarla y acaso disputarla ú honrarla todavía, en vez de hacerlo se replegó lentamente con sus cuatro navíos, cabeza de la escuadra, sin haber disparado un cañonazo, dándose por satisfecho con prolongar á distancia la linea de los ingleses, y enviarles algunas andanadas al retirarse intacto y sin gloria de

la batalla. Pero ni siquiera tuvo la fortuna de salvar los barcos que se proponía conducir á Brest, pues la escuadra de Cornwallis los apresó antes de que hubieran doblado el cabo de Bretaña.

## LVI.

Sólo se veía ya humo sobre un grupo de siete navíos, entre los cuales luchaba el *Formidable* desesperadamente con el *Temerarious* y el *Victory*. Ya dijimos que, acoderado el *Formidable* al *Victory*, no podía jugar sus cañones por la banda que le cubría el navío inglés, y añadiremos ahora que, hostilizado por otros dos á popa y á proa, estaba reducido al fuego de fusilería. Pero como el puente del *Formidable* fuera más alto que no el del *Victory*, y los franceses hubieran destacado un grupo de tiradores en las cofas, no sólo dominaban al enemigo, sino que podían escoger sus víctimas entre aquellos que por sus insignias parecieran preferentes á la saña del soldado. Así quedó herido con otros muchos el capitán Hardy, cayendo en pos de él Nelson, á quien delataban las condecoraciones y los oficiales que á cada instante acudían á recibir sus órdenes, pues el disparo que le causó la muerte partió de la cofa de mesana del *Formidable*, penetrándole la bala entre los hombros y el cuello y arrojándolo, como impulsado de mano invisible y poderosa, de cara contra la cubierta, inundada de sangre. Tres marineros y Hardy que se hallaban á su lado se apresuraron á levantarlo, cosa que hacía ya él mismo apoyándose con toda su fuerza en la única mano que tenía. Cuando estuvo medio incorporado, alzó los ojos, y mirando fijamente á Hardy, le dijo:

—«Amigo, me han matado: esta vez acabaron conmigo los franceses!

—No tal, le contestó el capitán.

—Sí, repuso Nelson: la bala me ha penetrado en la espina dorsal.»

Pero la preocupación de su espíritu y el ardor de la pelea concentraban de tal modo su vida en el pensamiento, después del golpe mortal que acababa de recibir, que seguía, sin atender á él, interrogando á los oficiales que acudían y dándoles órdenes como si estuviera en sana salud mientras lo bajaban á su cámara. Recuérdase á este propósito que, al levantarlo del suelo cuando cayó herido, vió rotas por la metralla las cadenas del timón, y que mandó fueran reemplazadas sin tardanza, lo cual demuestra perfectamente cómo era el rumbo de sus ideas; y que, como al pasar por el entrepuente se agolparan todos para mirarlo, se cubrió el rostro, temiendo el desaliento que produciría en ellos su palidez y su sangre. Por entre cadáveres y heridos se abrieron paso los marineros que lo llevaban hasta dejarlo en un catreillo de campaña para ser reconocido de los cirujanos de á bordo. Los cuales, luego que hubieron sondado la herida, perdieron la esperanza de curarlo, siendo Hardy el único á quien comunicaron el inminente peligro en que se hallaba Nelson, para no desmayar el corazón de los marineros durante la pelea con nueva tan aciaga. En cuanto á él mismo, fué inútil intentar siquiera disimularle la gravedad de su estado, pues se sentía morir; y no queriendo que por atenderlo descuidasen los físicos á quienes realmente aprovecharan sus servicios, les dijo que lo dejaran, «ya que nada podían hacer.»

En efecto, cuanto hacían los médicos era echarle

aire al rostro con un improvisado abanico y darle algunas gotas de agua para ir calmando la sed ardiente que lo devoraba. En cuanto á él, permanecía extraño á todo lo que no fuera el rumor de la batalla, pareciendo que su espíritu sólo alentaba para ella, pues á cada instante pedía noticias de sus progresos y circunstancias. Y como á cada navío enemigo que se rendía los tripulantes del *Victory* rompían en aclamaciones, cuando llegaban á sus oídos se iluminaba su rostro moribundo de un rayo de gloria y brillaban sus ojos con orgullo satisfecho. Hardy había vuelto á su puesto para mandar la maniobra y el fuego; pero, temiendo Nelson que le hubiera sucedido alguna desgracia, no cesaba de preguntar por él.

«¿Dónde está?—decía.—¿Por qué no viene? Sin duda le han muerto y no quereis decírmelo.»

Al cabo de una hora de ausencia bajó Hardy, acercándose á la cama del héroe, quien le alargó la mano, permaneciendo ambos así un espacio sin pronunciar palabra.

—«Ahora decidme—le preguntó Nelson al fin—¿cómo va la batalla?»

—A maravilla, milord—le contestó el comandante del *Victory*:—diez navíos han arriado bandera; los demás combaten aislados ó se dispersan. Sólo cinco parece que vuelven sobre nosotros y amenazan el *Victory* (eran estos los de Dumanoir); pero ya he llamado en vuestro nombre á seis de los nuestros, que acuden para destrozarlos.

—Supongo que ninguno de los nuestros habrá cedido en la demanda.»

Hardy respondió que la escuadra vencedora no tenía que lamentar esa desgracia. Tranquilo ya entonces Nelson acerca del resultado definitivo de la

batalla, pensó en sí, acaso por primera vez, y dijo á su amigo con tristeza:

—«Soy hombre muerto, Hardy; me siento acabar muy de prisa. ¡Sólo me quedan instantes de vida!»

Hardy pronunció algunas palabras de consuelo y de esperanza, y estrechando de nuevo la mano casi yerta del almirante, volvió á su puesto con el corazón lacerado.

## LVII.

Habló Nelson, entonces, algunos momentos con su médico, que observaba los síntomas de muerte ó vida en las sensaciones del herido, y le dijo:

—«Siento algo en el corazón que me anuncia el fin de todo.»

—¿Sufrís mucho?—preguntó el médico.

—Bastante—le contestó Nelson—para que la muerte me pareciera consuelo, si, aún sufriendo, nouviésemos la vida por bien inapreciable. ¡Ay!—añadió con voz apagada,—¿qué sería de lady Hamilton en este instante si la pobre supiera cuánto y cómo sufro lejos de su lado?»

La patria, la gloria y lady Hamilton se disputaban los últimos pensamientos del héroe.

Un momento después bajó Hardy de nuevo, y sin poder reprimir su gozo, tomó entre las suyas una mano al moribundo, y le anunció el término de la batalla con el triunfo decisivo y completo de los ingleses; y aunque no sabía exactamente cuántos navíos enemigos eran despojo del vencedor, conjeturaba que no serían menos de catorce ó quince los apresados.

—«¡Está bien y no es poco!—exclamó Nelson;—

pero no me satisface,—añadió,—porque ya sabes que aposté con Blackwood esta mañana que no me contentaba con ménos de veinte.»

Alzando luégo la voz, dijo precipitadamente á Hardy:

—«Es preciso echar anclas ántes del anochecer. Disponedlo así en seguida.»

Y como Hardy le diese á entender que ya corría este cuidado á cargo de Collingwood, á quien tocaba el mando en defecto suyo:

—«¡No! ¡no! de ninguna manera mientras yo viva,—replicó el Almirante haciendo un esfuerzo para incorporarse.—¡Haced lo que os mando, Hardy; que ancle la escuadra en seguida, sin más tardanza! Y por lo que hace al *Victory*, que ancle ahora mismo...»

Nelson habia previsto desde las primeras horas de la mañana un temporal temible para todos, y por eso le preocupaba la idea de anclar la escuadra en paraje seguro despues de la batalla.

—«No me tireis al mar,—añadió pasado un momento,—porque quiero descansar entre los míos en el cementerio de mi aldea, si mis compatriotas ó el Rey no disponen otra cosa,—prosiguió, pensando en el panteon de Westminster.—Pero, sobre todo, mi querido Hardy,—continuó con acento de apasionada ternura,—sobre todo, mi buen amigo, cuidad de lady Hamilton, protegedla, velad por ella, por mi buena y desgraciada Emma!»

Pasado que hubo un momento de silencio, y como para obligar á su amigo á darle una prenda de que así ejecutaria su voluntad en la medida de su deseo, añadió:

—«Dadme ahora un abrazo, Hardy.»

El capitán se inclinó sobre la cara del moribundo, y lo besó en la mejilla.

—«Así, Hardy. Ahora quedo tranquilo: gracias á Dios, HE CUMPLIDO CON MI DEBER.»

Viendo Hardy que los párpados de Nelson se cerraban, estuvo un espacio escuchando la respiracion penosa y agitada del moribundo. Volvió entónces á inclinarse hácia él, y lo besó de nuevo en la frente.

—«¿Quién es?—preguntó el almirante, abriendo los ojos.

—Hardy, milord, que se despide,—contestó el capitán de bandera.

—«¡Bendígaos Dios!»—balbuceó Nelson buscando el rostro de su amigo al traves de las tinieblas de la muerte.

Hardy subió al castillo de popa, y ya no volvió á ver vivo al héroe de la jornada.

## LVIII.

Un ministro de la religion rezaba entretanto al pié de la cama del Almirante; y como éste lo viera, le hizo una demostracion de gratitud.

—«¡Pobre de mí!—dijo entónces Nelson entre jovial y triste,—gran pecador he sido.»

Trascurrió un largo espacio de profundo silencio, y al cabo:

—«¡Acordáos tambien—repitió al capellan—que lego á mi patria la desgraciada lady Hamilton y mi pobre hija Horacia!»

Tuvo despues un delirio, y durante él se agitaron sus labios para pronunciar frases ininteligibles, percibiéndose sólo de tiempo en tiempo los nombres de Horacia, Emma é Inglaterra; continuando así hasta que haciendo un esfuerzo supremo repitió tres veces consecutivas las últimas palabras



de su memorable orden del día, pero aplicándolas gloriosamente á sí mismo, y diciendo:—«¡Gracias á Dios, he cumplido con mi deber!»—espiró valerosamente, como había vivido.

Los cronómetros de la escuadra señalaban en aquel momento las cuatro y media de la tarde, y resonaban á lo léjos los últimos cañonazos del combate. Hubiérase dicho que la posteridad recibía con los honores debidos al héroe que comenzaba entónces á vivir en ella.

## LIX.

La noche y la tempestad acabaron su victoria; pero el mar le disputó los despojos de la batalla. Seis navios desarbolados como los del enemigo, llevaban en sus cascos destrozados y en sus diezmas tripulaciones la expiación del triunfo de Trafalgar, y apénas si podían ampararse del embate de las olas que iban embraveciéndose á medida que se acercaba la noche. Y como el almirante Collingwood, que había tomado el mando de la escuadra, en vez de anclarla, siguiendo las órdenes proféticas de Nelson moribundo, empleó el resto del día en marinar los diez y siete navios apresados y en perseguir los demas, las tinieblas, y con ella temerosa tempestad, lo sorprendieron ocupado en recoger los despojos del combate. El mar, el viento, los rayos y los escollos hicieron que aquella noche y el día y noche siguientes fuesen más terribles aún que la batalla, con haber sido tremenda, pues los desencadenados elementos azotaron durante sesenta horas de una manera furiosa las tres flotas que poco ántes parecían abrumar con su número y pesadumbre al

Océano. Parte de los navios apresados por Nelson rompieron con la violencia del temporal los cables que los sujetaban á los buques ingleses y escaparon á ellos ó fueron derivando hasta estrellarse contra los peñascos de Trafalgar. El *Bucanture* quedó hecho pedazos por tal modo, y al *Indomable* le faltaron las amarras, y las luces de sus faroles encendidos en la popa señalaron á los demas barcos de la flota el siniestro rumbo que tomó, arrastrado del huracan hasta estrellarse y perecer con toda su tripulación en la Punta del Diamante. Temiendo perder entónces Collingwood lo mejor de sus trofeos, hizo pegar fuego al *Trinidad*, juntamente con otros tres navios españoles: el *San Agustín*, el *Argonauta* y el *Santa Ana*, los cuales formaron el incendio más pavoroso que se hubiera visto en el mar. El *Berwick* zozobró con su gente, y otros flataron á la ventura, perdiéndose despues en las costas africanas ó españolas. Sólo á costa de grandes trabajos pudo llegar el inglés á Gibraltar con el resto y el féretro de Nelson.

Desde aquel día luctuoso y memorable reinaron solas por espacio de largos y aciagos años las velas de Inglaterra en el Océano y el Mediterráneo; que miéntras Bonaparte abrumaba la Europa continental con el peso de sus armas vencedoras, Nelson ponía en manos de Albion el tridente, cetro de los mares.

## LX.

Estremeciase de horror Villeneuve cada vez que pensaba en la grandeza del desastre profetizado por él; pero que le hizo arrostrar temerariamente Bonaparte llamándolo cobarde; y á pretexto de distraer los ocios de su cautiverio, estudiaba la estruc-

tura, organismo y asiento del corazón, traspasándose con un acero penetrante y sutil como un alfiler, cuando estuvo cierto de no errar el golpe, y muriendo á la manera de Séneca, de una muerte lenta, saboreada y voluntaria, para sustraerse por tal modo á la vergüenza de vivir ó al suplicio á que la tiranía lo condenara, y tambien para demostrar segunda vez á sus calumniadores, cual ya lo hizo en la batalla, que lo único que habia temido en los combates desiguales era la derrota, no el acabamiento de la vida.

## LXI.

Contristada por extremo quedó la Gran Bretaña cuando supo con las nuevas de la famosa batalla de Trafalgar la de haber pagado Nelson tan glorioso triunfo á costa de su vida; porque la dominacion esclusiva de los mares apenas si pareció á los ingleses compensar en cierto modo la pérdida de su almirante. Los buques, puertos, casas y cabañas de Inglaterra se empavesaron de luto, y el tránsito de su féretro fué como la apoteosis de la muerte, comenzando la multitud que acudió al desembarco de sus despojos, restituidos á la patria en el *Victory*, por romper la caja exterior en que venian y repartirse los pedazos cual si fueran reliquias de un dios mortal de la Gran Bretaña. Hiciéronse funerales por cuenta del Estado; votáronse sumas cuantiosas para erigirle monumentos que perpetuaran su memoria; la nacion entera concurrió á sus exequias y formó cortejo á sus manes desde Greenwich hasta Westminster, y las demostraciones de pesar de cuantos ~~asistieron~~ asistieron al paso de su carro fúnebre fue-

ron las aclamaciones que resonaron en aquel triunfo del dolor: el Támesis mismo pareció cubrir sus ondas de duelo, y millares de barcas abanderadas de negro y tripuladas de marineros enlutados seguian lentamente la estela de su catafalco flotante; interrumpiendo de tiempo en tiempo el estampido del cañon los acordes de las marchas funerales mientras los artilleros del *Victory* llevaban en hombros su ataúd hasta depositarlo en las bóvedas de Westminster. Y cuando, segun la costumbre observada en los entierros de los almirantes, trajeron la bandera de Nelson para sepultarla con su cuerpo, los marineros se arrojaron sobre ella, la desgarraron en pequeños pedazos y se los repartieron para conservarlos en sus hogares á guisa de talisman ó de reliquia.

## LXII.

La gratitud de los pueblos es la emulacion del heroismo, y más grande la Inglaterra en esto que lo fueron Atenas y Roma, multiplica sus varones ilustres honrándolos por extremo. Consecuente con esta práctica, digna de ser imitada en todos los pueblos, dió al hermano predilecto de Nelson un estado de seis mil libras esterlinas de renta, con un título de nobleza; diez mil de pension á sus hermanas, y medio millon de pesos fuertes para comprar un patrimonio á la familia. Lady Hamilton y su hija Horacia quedaron excluidas de toda munificencia y honor: que la Inglaterra no aceptó del testamento del héroe sino aquello que podia honrar su memoria, y ménos indulgente y más religiosa en esto

la Gran Bretaña que la Francia, que celebró en Enrique IV, Luis XIV y Napoleon las debilidades de tan claros varones al par de sus virtudes, no separa completamente nunca en los que la sirven al hombre privado del hombre público, ni populariza sus vicios y defectos, ántes al contrario, se sonroja por ellos y los oculta. De aquí que la fama de Nelson sufriese y sufra todavía en su patria las consecuencias de sus faltas, y que haya dejado sobre su nombre dos manchas sin osar borrarlas: una de infamia en el asesinato de Carraccioio, y otra de inmoralidad en sus amores con una mujer á quien dió derechos y notoriedad de legítima esposa. Nadie que sepamos ha intentado lavar estas manchas, que resaltan más todavía en él que no en otro alguno, por haber sido quien fué y atraer sobre sí preferentemente los ojos de la posteridad y las censuras de la conciencia humana.

Rechazada de todos lady Hamilton como inspiradora y causante de las faltas y crímenes de Nelson, desapareció despues de su muerte de la escena, volviendo á la oscuridad de donde la hizo salir el mérito de su hermosura incomparable, cayendo despeñada desde las grandezas del vicio en la indiferencia y el olvido, y de la opulencia ea la miseria. Tanto fué así, que al ocurrir su fallecimiento veinte años despues de la muerte del asesino de Nápoles, vencedor de Trafalgar, en una humilde casita de los alrededores de Boulogne, nadie hubiera sabido, á no ser por sus papeles, que la desconocida y menesterosa extranjera que habia buscado en Francia oscura hospitalidad y pobre asilo, y debia ser enterrada de limosna, era lady Hamilton, viuda de un embajador, favorita en otro tiempo de la reina de Nápoles y amante de Nelson; que al

inscribirla éste sin reparo alguno en su testamento, sólo consiguió legarle con el escándalo de sus amores la cólera de su patria (1).

(1) El lector hallará reunidas en la ADVERTENCIA PRELIMINAR aquellas aclaraciones y rectificaciones que hace indispensable la buena inteligencia del estudio precedente, sobre todo en lo que se refiere al combate de Trafalgar.  
—N. del T.